

fijado, la atmósfera estuvo tan tranquila como nunca se había visto, hasta el punto de que por la tarde, el viento no apagaba una luz en la mano del muezin subido en lo alto de un minarete, y no sopló en todo el año lo suficiente para aventar el trigo. El malhadado profeta fué blanco de las burlas; y para salir del paso compuso una casida que empezaba de esta manera: «¡Ahl ¡Ahl ¡musulmanes, cuán engañoso es el cielo! ¡Perezca la hipocresía de Mercurio, la tiranía de la Luna, y la perfidia de Júpiter!» ¡Tan propio es de la naturaleza del hombre en general, obstinarse en no querer reconocer sus faltas!

Saadi fué también persa (1175-1291). Nació en Schiraz, capital del Farsistan; y «arrojado de su patria por la crueldad de los turcos, viendo el universo desmelenado como la cabellera de un etiope.... viajó mucho por los diferentes países, viviendo con toda clase de personas; y no hubo ángulo de la tierra de donde dejase de sacar algún provecho, ni miés de la cual no supiese coger una

espiga.» Catorce veces fué en peregrinación á la Meca, recorrió el Asia Menor, la Siria, el Egipto, la Arabia, y emprendió cuatro viajes á la India, en cuya lengua escribió poesías. «Cansado de la compañía de mis amigos de Damasco (dice), me retiré al desierto de Jerusalem para buscar la sociedad de los animales; pero los francos me hicieron prisionero y me emplearon en cavar los fosos de Trípoli, en Soria, en unión de algunos judíos. Un antiguo amigo mío, que ocupaba un alto puesto en Alepo, me reconoció al pasar, y me preguntó acerca de mi existencia. Yo le respondí que me había retirado á las montañas y á los desiertos para huir de los hombres, convencido de que sólo en Dios puede tenerse confianza; y que imaginase cuál debía ser mi situación, viéndome obligado á permanecer en la compañía de una banda de seres indignos hasta de llamarse hombres. Mi amigo se compadeció de mi suerte, me rescató y me llevó consigo á Alepo.» Después vió los males que la devoción del musulmán Mahmud acarrea á las pagodas indias.

## CAPÍTULO XIV

### HISTORIA.—ELOCUENCIA.

**Historiadores musulmanas.**—Los historiadores, ó por mejor decir, los cronistas árabes, no hacen generalmente más que copiarse unos á otros, sin haber visto, comprendido ú osado decir la verdad. Entre ellos se distingue Mahoma, hijo de Ahmed de Nessa, que escribió las hazañas de Gelaleddin, de quien era secretario y á cuyo lado se encontraba la noche que este príncipe fué acometido y asesinado por los mongoles. Desconsolado de la muerte de su amo y señor, quiso á lo menos conservar su memoria, transmitiendo á la posteridad las cosas de que había sido testigo.

**Atta Mulk.**—Los vencedores de Gelaleddin hallaron un panegirista en Aladdin-Atta-Mulk, que escribió la historia del conquistador del mundo. Puede dar lecciones á los retóricos europeos de más maestría por el modo con que sabe alabar la mansedumbre de los mongoles y demostrar la utilidad de sus devastaciones. «Acontecen los bienes y los males en este mundo por la voluntad de Dios, cuyos decretos son dictados por una profunda sabiduría y una justicia exacta. Las mayores calamidades, la dispersion de los pueblos, el infortunio de los buenos, el triunfo de los malos, se juzgan necesarios por esa divina Sabiduría, cuyas vías misteriosas superan la capacidad del entendimiento humano. Ahora bien, podemos observar, y todos lo tienen á la vista, como después de seis siglos, las conquistas de un pueblo extranjero han realizado la visión en que fué revelado á nuestro Profeta que su fe tocaría á los confines del Occidente y del Oriente. La Providencia se ha valido de la invasión de un ejército extranjero para exaltar el Coran, y para hacer que resplandezca el sol de la fe en comarcas donde aun no había llegado el perfume del islamismo, donde aun no había encantado los oídos por el sonido del *tekkir* y del *ezzan*. Ahora esas comarcas orientales están ocu-

padadas por multitud de creyentes: unos han sido conducidos en calidad de esclavos á la Transoxiana y al Corasan para servir allí de artesanos y de pastores: otros han sido trasladados á instancias suyas: otros han llegado á traficar desde Occidente y se han establecido en aquellos países, donde han fundado mezquitas y colegios enfrente de los templos de los ídolos. Niños arrebatados á los paganos han sido educados en el islamismo, se han convertido muchos idólatras: muchos príncipes de la familia de Gengis-kan han abrazado nuestra religión, y su ejemplo ha inducido á imitarles á los vasallos y á los guerreros.»

Tan cierto es que todas las cosas humanas tienen dos aspectos. Continúa encomiando la tolerancia religiosa de los mongoles, la exención concedida por ellos á los ministros de todos los cultos y á los bienes eclesiásticos: exhorta á los suyos á que les permanezcan fieles, por haber dicho el Profeta: *Guardaos de provocar á los turcos, pues son temibles.*

Añade, que entre las plagas con que Dios castiga á los humanos, obtuvo Mahoma, que á escepcion de la de la espada, ninguna otra alcanzara á los musulmanes. «Con efecto, dice, sin este castigo sería imposible poner remedio á los desórdenes más graves. El corto número de los buenos sería oprimido por la multitud de los malos; de aquí esa escepcion hecha por la bondad de Dios. Hallándose corrompido á principios del siglo VII el pueblo de Mahoma por la abundancia de los bienes temporales, á fin de castigar su negligencia y de dar un terrible ejemplo para lo venidero y exaltar al propio tiempo la gloria del islamismo, armó Dios el brazo de un vengador; pero no tardó en manifestar su clemencia, á semejanza de un buen médico que emplea remedios en conformidad con el temperamento del enfermo.»

Sin embargo, es verdad que desmienten los hechos mismos que narra la aduladora bajeza del historiador, si se sabe consultarlos. Refiriendo cómo emprendió esta laboriosa tarea de la historia, reconoce que sus dificultades se han aumentado por haber perecido en el Corasan los que cultivaban las letras. «Este país era el trono de las doctrinas, el punto de reunión de los sabios, según estas palabras del Profeta: *La ciencia es un árbol que tiene sus raíces en la Meca y produce sus frutos en el Corasan*. Todos los letrados perecieron allí al filo de la espada, y los hombres abyectos que los sustituyen no se ocupan más que en estudiar y en escribir la lengua uigura: los empleos y hasta las más altas dignidades son patrimonio de la hez del pueblo: se han enriquecido muchos mendigos: ha llegado á ser emir ó visir todo bandolero: ha adquirido poder todo temerario: todo el que lleva turbante de doctor, se cree doctor, y el plebeyo está por encima del grande. En este tiempo hay escasez de ciencia y virtud; pululan la corrupción y la ignorancia; goza de crédito todo tunante: juzgad por esto los estímulos que tendrán las letras y las ciencias.»

La obra de Atta Mulk, que no llega más que hasta el año 1257, fué continuada hasta el de 1327 por Abdalah, llamado Vasas-el-Azret, es decir, el panegirista de su majestad, título que le fué conferido por el sultán Olgaitú, á causa de una oda que le había leído con las esplicaciones requeridas. Confesó paladinamente, lo cual se obstinan también en hacer entre nosotros ciertos historiadores, que se había propuesto por objeto más bien lo bello que lo verdadero. «He hecho de modo que este libro ofrece una colección de bellezas literarias, de modelos de todas clases de elocuencia, de figuras retóricas de toda especie, á fin de que los letrados se viesen obligados á convenir en que para la elección de las expresiones, la elegancia de las frases, la oportunidad de las citas, las galas del estilo, no me aventaja ningún escritor, sea árabe ó persa.»

El mismo sultán Olgaitú favoreció á Fazel Allah Raschid, y le alentó á escribir una historia universal. «Atendido que en general los historiadores no fueron testigos de los hechos que refieren; que hasta los que tratan de acontecimientos contemporáneos deben atenerse á relaciones que varían de un día á otro, no puede ser fiel la historia de tantas naciones y de tiempos tan remotos, hallándose los hechos espuestos de una manera distinta, ora porque engañan al autor las fuentes en que bebe, ora porque de propósito exagera unos hechos y omite otros, ora porque sin querer hacer traición á la verdad, los refiere de una manera inexacta. De consiguiente, el que pretendiera ser verídico se hallaría en la imposibilidad de escribir cosa alguna; y de esta suerte caerían los hechos en el olvido. Así el deber de un historiador consiste en sacar los hechos de cada nación de los anales reputados por mejores y en consultar á los que

más saben.» La reflexión es exacta y la razón buena. Raschid, como gran visir de la Persia, pudo conocer perfectamente los sucesos: el mismo sultán revisó y aprobó su trabajo y la favoreció; pero al fin le mandó serrar por la mitad del cuerpo (1317) (1). Quizá se atrevió á decirle la verdad.

Habiendo abrazado el estado eclesiástico Abul Farx ó Bar el judío, hijo de un médico de Melitene, fué promovido por el patriarca jacobita al obispado de Gobos, después á los de Lacabene y de Alepo; posteriormente fué primado de los jacobitas. Escribió sobre teología, metafísica, lógica, dialéctica, economía y otras ciencias: compuso además una crónica universal, comprendiendo hasta el año 1286, bastante árida, y suministra pocas luces, salvo en lo relativo á los cristianos en Oriente.

**Ebn Kaldun.**—El árabe Ebn-Kaldun, nacido en Tunez en 1332, y muerto en 1406, proporciona grandes datos sobre los sucesos de aquel tiempo, aunque pertenece á época posterior. Vivió largo tiempo en España en la corte del rey de Granada, donde su oficio consistía en inscribir en los actos del gobierno la divisa de este príncipe: *Loado sea Dios, gracias sean dadas á Dios*. Después se trasladó á Oriente y fué profesor en el Cairo. Tamerlan le tenía en mucho, lo cual dió margen á que le persiguieran los envidiosos. Su obra principal es *El libro de los ejemplos instructivos, y colección de los asuntos y atributos concernientes á la historia de los árabes, de los persas, de los berberiscos y de las naciones que con ellos habitaron la tierra*. Se divide en cuatro partes, de las cuales la primera forma un tratado distinto; la segunda es un cuadro del mundo antiguo, y principalmente de la Arabia antes de Mahoma; la tercera comprende el establecimiento de los árabes en África y en España, así como las vicisitudes de las tribus berberiscas hasta el siglo XIV; la última ofrece el cuadro de las numerosas dinastías musulmanas esparcidas por todo el mundo. Este libro suministra preciosas noticias sobre la historia de los orientales, que no conocíamos más que por lo que nos decían autores cristianos, imperfectamente y sin pormenores.

En Europa toma la historia, merced á las cruzadas, más elevado tono, y prescinde de bagatelas para referir las expediciones comunes de la cristiandad, ó las vicisitudes de las repúblicas, en los libros escritos en medio de los campos de batalla ó en los consejos, con otro lenguaje que el usado por los autores eclesiásticos. Todos los cronistas se remontan á Adán, como lo hacían los oradores de la Asamblea constituyente, sin crítica ninguna en su tarea. Pero cuando van acercándose á sus tiempos aparecen llenos de encanto respecto del estilo y no menos preciosos respecto de las cosas. Además, siendo todavía entonces los libros una con-

(1) D'Hosson, *Historia de los mongoles*.

fianza de familia, como lo son actualmente las cartas, tienen aquella sencillez que luego desapareció con los procedimientos del arte.

Sigeberto, monge de Gembloux, continuó la crónica de Eusebio hasta 1112, año de su muerte: rico de conocimientos tiene poca crítica, cita á ciento setenta y un escritores eclesiásticos contemporáneos. El inglés Orderico Vital (-1075) monje de San Evroul, empieza la historia eclesiástica en la creación; pero pasa rápidamente á la historia de Francia, y con especialidad á la de los normandos, cuyas expediciones cuenta. Rivaliza con Gregorio de Tours en el modo de poner en relieve las costumbres de los tiempos. Contando Guiberto, abad de Noget (-1124), su propia vida, nos inicia en los acontecimientos domésticos y en las creencias y pasiones de su siglo. El abad Suger (-1252), en su vida de Luis el Gordo, derrama una viva luz sobre la sociedad francesa y sobre el gobierno que dirigió tan perfectamente, así como sobre las activas luchas entre la naciente monarquía y los poderosos señores feudales.

**Matias Paris, (-1259).**—Matias Paris, monje de San Albano, de la orden de Cluny, poeta, orador, teólogo, y con conocimientos en pintura, en arquitectura, en mecánica, fué enviado de Roma á Noreña, para reformar diversos monasterios. Su *Historia major Angliæ* del 1066 al 1259 le coloca al frente de los historiadores ingleses, agrada por el sentimiento nacional que acredita siempre; pero se extravía por su parcialidad excesiva hacia Enrique III, á quien dedicó su obra por su manía de denigrarlo todo, por su rencor contra los papas, lo cual trasforma la historia en novela ó en diatriba. A pesar de tener á la mano excelentes materiales, comete errores tan groseros y dice mentiras tan claras, que no se puede confiar en él á no ser que le apoye algún autor contemporáneo.

**Martin Polacos, -1278.**—Martin Polacos, dominico muerto en Bolonia, cuando se dirigía á Gnesne con el título de arzobispo, dispuso por orden alfabético las materias del *Decreto* de Graciano, lo cual fué causa de que se le sobrenombrara la Perla del Decreto. Además compuso una crónica «para los teólogos y los jurisconsultos, á fin de que supieran lo necesario sobre el tiempo de los papas y de los emperadores.» Con este fin, presentó por un lado á los papas desde san Pedro hasta Nicolás III; por otro á los emperadores desde Augusto hasta Rodolfo I, indicando al margen los años.

**Italianos.**—Las *Vidas de los papas*, que corren bajo el nombre de Anastasio el Bibliotecario, interrumpidas en el año 889, fueron principiadas de nuevo en 1050 por el cardenal de Aragon. En medio de otras más ó menos importantes, la de Alejandro III ofrece un cuadro real y verdadero del tiempo de la liga lombarda.

A fines del siglo XI, el monge Gregorio redactó con los diplomas pertenecientes al monasterio de Farfa, la crónica de este convento, ejemplo nuevo que fué imitado en otros monasterios, y mejor que

en otro alguno en la célebre abadía del monte Casino, cuyo abad Oderisco bosquejó sus vicisitudes hasta Víctor III y fué después continuado por otros.

Pero ya con la libertad se había desarrollado la civilización; á la crónica del monasterio se sustituía la del conde y la importancia de las cosas expuestas daba realce á la historia, que asociándose con la política, instruye y atrae por el conocimiento profundo y la estimación sutil de los acontecimientos, por las particularidades características, y por ese movimiento que nace de los sentimientos verdaderos.

Puede decirse que todas las ciudades tenían entonces su cronista. Arnulfo y Landulfo el viejo, que vivían poco después del año 1000, fueron los primeros autores seculares que acometieron la empresa de escribir una historia civil; y aunque inexactos agrada encontrar en su relato el origen de las contiendas entre nobles y plebeyos, entre legos y seculares, que cambiaron no solo la constitución civil, sino también la social. Para los tiempos de Federico Barbaroja conviene consultar como correctivo al espíritu republicano de Raoul ó Rodolfo, de Milan, (*De gestis Frederici*) las propensiones imperiales de Oton Morena (*Rerum Laudensium*), magistrado de Lodi. Por lo demás, ambos son inferiores á Oton y á Radevico de Fleisinga, quienes bosquejaron los hechos de que habían sido testigos, el último como continuador del otro.

Galvano Fiamma (*Manipulus florum*), que si hizo muchas bagatelas en la *Historia antiqua de Milan*, mejora mucho cuando se aproxima á su tiempo. Fray Estefenardo de Vimercate, quien bosquejó en los mejores versos de su época los acontecimientos sobrevenidos desde 1262 hasta 1295. Gerardo Mauricio escribió los hechos de Ezelino III (1237), cuando todavía no había emprendido aun la carrera de sus maldades; lo cual le hace no menos parcial en favor de su persona que Rolando le es hostil en su *Historia de Padua* que leyó ante los profesores y escolares de esta universidad, que la aprobaron, ó á lo menos la aplaudieron.

En el reino de Sicilia aparece después de Galfrido Malaterra y Guillermo de Pulla, Hugo Falcando, sobrenombrado el Tácito siciliano. Efectivamente emplea á menudo los colores del analista de Tiberio para pintar la corte de Guillermo el Malo. Enérgico y elegante, sensato en sus observaciones, prevé los males á que se hallaría espuesta Sicilia pasando á la dominación de los alemanes. «Bárbara raza, dice, á la cual su brutal ímpetu conduce á reducir al último extremo por el terror, por la matanza, por las rapiñas, por la lujuria, y á avasallar á aquella nobleza de los corintios, que estableció antiguamente su morada en la Sicilia, vanamente llena con tantos filósofos y poetas, y para la que mejor hubiera valido el yugo de los antiguos tiranos. ¡Infeliz de tí, Aretusa, condenada á tantas miserias, que en vez de los versos que oías modular á los poetas, oyes ahora los liti-

gios de los ebrios alemanes y te ves sujeta á sus infamias (2).

Godofredo de Viterbo compuso un *Panteon* que comprende desde el origen del mundo hasta el matrimonio de Constanza. Dice «haber registrado durante cuatro años aquende y allende los mares, todas las bibliotecas latinas, bárbaras, griegas, judaicas y caldeas. Ricardo de San Germano, notario, testigo ocular y sincero, aunque gibelino, describe los tiempos de Federico II. Nicolás de Jamsilla continúa desde la muerte de este príncipe hasta la coronación de Manfredo, mostrando parcialidad suma, pero una parcialidad tan sencilla, que el leerla produce verdadero agrado. Mateo Espinello, de Giovenazzo, el más antiguo de los historiadores en lengua italiana, ha dejado una crónica que comprende desde el año 1247 hasta la batalla de Tagliacozzo en 1268, donde perdió la vida. Sabas Malaspina, el anónimo de Salerno, Alejandro de Telesa, Amato de Montecasino, historiadores del reino de Nápoles, superan en mucho á los del resto de Italia.

En Génova se presentaba anualmente á los cónsules en pleno consejo la crónica de los hechos de cada año, y después [de haber sido aprobada era depositada en los archivos. En esta fuente donde Caffaro (como diremos en el libro XIV), que había mandado las escuadras de su patria, bebió los elementos de su historia hasta el año 1101, y enseñada hasta el año de su muerte (1163). Fué después continuada en virtud de un decreto público por otros personajes ilustres y consulares, tales como Marin Usodimare, Jacobo Doria, Enrique Guasco, marqués de Gavi, comprendiendo la época desde el año 1000 hasta el 1294; después de un intervalo de cuatro años vienen otros escritores de las familias Stella y Senarega, hasta 1514, y en pos de ellos Felipe Casoni, que se detiene en 1700. Estas son las fuentes de la historia de Génova, historia parcial sin duda, pero preciosa por una serie de autores contemporáneos, de que sólo esta ciudad puede vanagloriarse de poseer.

Venecia se envanece de contar entre sus hijos á Andrés Dandolo. Instruido en la legislación y en las bellas letras, lleno de decoro, de gravedad, de amor de la patria, y de aquella prudencia que tan perfectamente sienta al jefe de una república, compuso en latin una historia de su país, desde la era vulgar hasta 1342, obra falta de energía y de crítica para los tiempos antiguos, y rica de documentos para los sucesivos, y con más imparcialidad de la que podía esperarse de un noble y de un republicano.

**Historia de las cruzadas.**—Entre los numerosos historiadores de las cruzadas ninguno se elevó realmente á la altura del asunto. Fué reunida la colección de ellos por Jacobo Bongars (*Gesta Dei per Francos*), y José Michaud las ha compendiado y juz-

(2) *Hist. Sic. Rer. Ital. Script.*, t. VII.

gado. Agradan siempre que cuentan lo que han visto. Guillermo, arzobispo de Tiro, nacido en Palestina, deudo de los reyes de Jerusalem, y complicado personalmente en las vicisitudes del país, tuvo disposición para bosquejar la mejor relación de ellos hasta el año 1183 (*Historia belli sacri*). El conocimiento de los lugares le permitió dar vida á su narración, al propio tiempo que exornaba su estilo con ayuda de sus reminiscencias clásicas. Santiago de Vitry, párroco de Argenteuil cerca de Paris, luego canónigo y párroco de Lieja, predicó contra los albigenses, promovido después al obispado de Acre, de allí al de Túsculo, y por último cardenal, lejos de dormirse bajo la púrpura, dió en tres libros una *Historia de Jerusalem*, rápido bosquejo que llega hasta la toma de Damietta, y da noticias utilísimas sobre el país y las costumbres.

**Franceses.**—Godofredo Villehardouin (1167-1213) y Juan Joinville escribieron en francés. Ya hemos hablado de ellos: el primero nacido en Barsur-Aube, asistió á la toma de Constantinopla, y aunque quizá no sabía escribir, encanta por aquel lenguaje ingenuo y sincero de un caballero, dedicado enteramente á las armas, y que sin embargo es capaz de admirar la civilización que destruye. Su estilo es preciso, sin que nada esceda en él los límites de buen gusto, porque no aspira á innovar. Es exacto en los detalles, vivo y verdadero en las descripciones, como puede serlo aquel que ha visto: así su prosa sencilla y pintoresca se hace á veces grandiosa y épica. ¡Cuán superior no aparece su mérito comparándole con el griego Nicetas, quien narra también la toma de Constantinopla, aunque con una pedantería eterna, menospreciando á los francos porque son iliteratos, y enterneciéndose á causa de las obras maestras de las artes, no menos que por la suerte de la patria!

**Joinville, 1223-1317.**—Villehardouin es más historiador, si bien menos subjetivo que Joinville. Este compañero de armas de san Luis, ingenuo, leal, juntando la sencillez de su época á la vivacidad de su nación, sabe lo que narra, y narra todo lo que sabe, con poco orden y sin nada de arte, no cuidando de investigar las causas ni de investigar los medios, sino que se apasiona de todo cuanto encuentra bello, grande, religioso, en los personajes á cuyo lado figura. Más caballero que historiador, amante de Dios, de su rey, de su patria, de su castillo, de sus hermanos de armas, ofrece en su persona un vivo retrato de los guerreros de entonces; y cuando se le lee, parece que vive uno en aquellos tiempos, en medio de aquellas expediciones, cuando la caballería se había ya despojado de su primitiva rudeza, y las costumbres eran menos enérgicas y más amables. Su fortuna fué tener que reproducir los rasgos de un héroe tan interesante como san Luis lo era, cuyas conversaciones con él, siempre ingenuas y á veces pueriles, hacen resaltar el contraste entre el bueno y franco hidalgo que tiene algo de mundano, y el piadoso rey á quien no ocurre duda sobre nada; almas candidas

ambas, y ricas de sano juicio que suple por tantas otras cualidades.

De Villehardouin á Joinville se conoce un gran progreso en la lengua francesa, que ya en el último ha depuesto las sílabas sonoras, resto de la latinidad, y adoptado las frases, así como los enlaces que después ha conservado. En estos dos escritores empieza para los franceses la riqueza que más peculiarmente les pertenece; queremos hablar de las *Memorias*, detalles históricos sobre algunos hombres, contados por ellos mismos ó por los que les vieron y vivieron con ellos, los cuales reclaman un talento reflexivo, rápido, y amoldado á la sociedad.

**Legendarios.**—Entonces se aumentó la cosecha de las anécdotas sagradas y de los milagros, ora falsos, ora alterados; mil cosas maravillosas fueron especialmente inventadas sobre la Pasión de Cristo, para enlazar prodigios al más mínimo rincón de Palestina, á la menor bagatela traída de Levante. Jacobo de Voragine (*Leyenda dorada*) (-1298) es el primero, después de los antiguos biógrafos de los ermitaños, que ha recogido las vidas de los santos, mezclando á ellas una porción de fábulas (3). Las de fray Pedro Calo de Chioggia tienen muy mal renombre. Pero entre el farragó indigesto y estravagante de las vidas publicadas entonces, metieron gran ruido los protestantes con el *Liber conformitatum Sancti Francisci cum Domino nostro Jesu Christo*, obra de una pueril sencillez. Bartolomé de Luca, obispo de Terello y amigo de santo Tomás de Aquino, escribió una historia eclesiástica hasta el año 1313, donde copió á la ventura todo lo que encontró, si bien conservándonos noticias importantes.

Estuvieron igualmente en uso bibliotecas, tesoros, espejos, ó con otro nombre enciclopedias de todos los conocimientos del autor, y de una gran utilidad en medio de aquella escasez de libros. La biblioteca de Stuttgart posee el *Jardin de delicias* de sor Errada de Landsberg, superiora del monasterio de Santa Odila en Alsacia en el siglo XII; son extractos de los Padres y de los autores eclesiásticos, con muchas pinturas históricas ó alegóricas, que demuestran que ella conocía todo lo que había mejor sobre este punto, hasta de las obras de astronomía, de geografía, de cronología y de agronomía. El *Catholicon*, ó suma universal, del genovés Juan Balbi, es una tabla alfabética y razonada de todo lo que los europeos sabían entonces y *valet ad omnes fere scientias*, si hemos de creer lo que el autor dice. Ya hemos hablado del *Tesoro* de maese Brunetto.

**Vicente Bellovacense, 1200-64.**—Vicente de Beauvais, dominico lector y confesor de san Luis, fué encargado por este príncipe de reunir una biblioteca del palacio y de extraer después lo mejor de

(3) Spotorno toma su defensa estableciendo que los pasajes insulsos han sido interpolados.

ella. En su consecuencia, compiló el *Speculum naturale* sobre la creación y las maravillas de la naturaleza, añadiendo á esto la cronología y la geografía; el *Speculum doctrinale*, comprendiendo la teología, la filosofía y las demás ciencias, así como la teoría de las artes; por último, el *Speculum historiale*, que se compone todo de relatos. Es una enciclopedia conforme á la del siglo XVIII, y según Boutherie, más superior y perfecta que aquella. Parte de la teología y acaba en ella, como santo Tomás.

**Elocuencia.**—Parecía que la elocuencia debió aumentarse en medio de los intereses públicos; pero es probable que este brillante síntoma del desarrollo de un pueblo, el poder político de la palabra, el talento aplicado, no á distraer los ánimos, sino á gobernar las masas, permaneció lleno de trabas, á causa de la inesperienza de las lenguas. El corto número de discursos copiados por los historiadores no ofrece el sello de la autenticidad; sin embargo, sabemos que, ateniéndose los oradores á los hábitos escolásticos, se apoyaban comunmente en un texto vulgar con frecuencia, sobre el cual discurrían sin arte. Así cuando Farinata de los Uberti, después de la batalla de Arbia, se levantó para defender á cara descubierta á Florencia, que querían destruir los demás gibelinos, tomó por texto dos proverbios vulgares: *El asno hace las cosas como sabe: La cabra coja se escapa si el lobo no la atrapa*. San Francisco, predicando en Montefeltro, escogió por tema otro adagio vulgar: *Tanto es el bien que espero, que me deleita hasta el dolor más fiero*.

Aquellos mismos predicadores que arrastraban á la muchedumbre en pos de su huella, que la empujaban á la guerra, y lo que es más admirable, la inclinaban á la paz, se presentan á nuestros ojos, como hombres incultos, amontonando sutilezas escolásticas, ó aspiraciones místicas: todo mezclado de textos de la Escritura y de alusiones forzadas; dividido y subdividido á estilo de los retóricos, sin la más leve sombra de genio, y escasísimo en sentimientos. Agréguese á esto que predicaban probablemente en latin rústico, y en medio de tan inmensa muchedumbre, que muy pocos podían oírles, y todavía muchos menos estaban en disposición de comprenderles; así los cronistas han recurrido al milagro.

San Antonio, en el *Sermon de las bodas de Caná*, se espresa de este modo: «Aquí hay que observar cuatro cosas: primeramente la alegría, la unión nupcial y la circunstancia del sitio; en segundo lugar la intervención de la Virgen; en tercero el poder de Jesucristo; por último su magnificencia. En lo concerniente al primer punto, Caná significa *celo*, y Galilea *pasaje*, se hace un matrimonio entre el Espíritu Santo y la persona penitente, por la mediación del cielo y por el amor del pasaje; por eso se dice que Ruth pasó desde el país de Moab á Belén, donde se casó con Booz. Ruth significa *vidente ó diligente* ó que se *desmaya*, y espresa el penitente que al ver sus pecados se apre-

sura con contrición á purificarse en la fuente de la confesión, y cae agotada de fuerzas en la satisfacción.» Todo lo restante está sobre este tono.

En verdad se atribuye aquella influencia prodigiosa á la idea de su santidad, así como á la convicción con que hablaban, convicción que fácilmente se trasmite al alma del auditorio. En nuestros días hemos visto al orador que más agitaba á las cámaras inglesas y á los *meetings* de Inglaterra (4), mostrarse, no el más culto, sino el más

(4) O'Connell.

ardiente, emplear un estilo lleno de figuras, mezcla poética y burlesca, de cólera y de bondad, de rudeza y de gracia, de ironía y de amor.

Entre los buenos predicadores de los primeros tiempos se cita á Wederico, monge de Blandimberg, que predicaba en Flandes y en Brabante, con éxito tan prodigioso, que á su voz seis pequeños señores, terror de la comarca, depusieron las armas para fundar una abadía: á Hugo de Grènohle que fué sobrenombrado *Pradicator egregius*, á Rodolfo Ardent, que dejó muchos discursos algunos de éstos no desprovistos de elocuencia; y sobre esta última, dió buenos preceptos Guiberto de Nogent.

## CAPÍTULO XXV

### BELLAS ARTES.

Siendo lo bello la manifestación de lo verdadero, de la idea, el hombre goza de su percepción antes que de la de lo verdadero en su pureza. El arte, cuyo objeto es revelar lo bello por medio del fenómeno, implicando la visión de la idea, implica necesariamente la inteligencia cuyos progresos arrastran los suyos. La ciencia consiste en conocer y aprender la obra divina; y el arte en reproducirla bajo condiciones sensibles y materiales, proponiéndose por objeto la perfección del ser cuyos progresos manifiesta.

Cuando tantas circunstancias oportunas hubieron contribuido á estimular los talentos, las bellas artes se despertaron también; y ya hemos visto hácia el fin del siglo precedente multiplicarse los edificios: en el que ahora nos ocupa, un sistema nuevo preside á su construcción (1). Los monu-

(1) Escritores del arte gótico.—Los ingleses han estudiado especialmente esta parte, y desde que Langley, publicando en 1742 una serie de adornos y detalles, demostró que la arquitectura gótica merecía la atención de los artistas, J. Bentham, con la historia de la catedral de Ely (1771), llegó á excitar más poderosamente aun la curiosidad. Pero en nuestros días han aparecido las obras más importantes, tales como el cuarto tomo de los *Monumenta antiqua* (1804), de King, que versa enteramente sobre la arquitectura religiosa de la Edad Media; la obra de J. Dallaway, que trata de la arquitectura militar, religiosa y civil, menos sistemáticamente que la otra, si bien es más breve; el *Tratado de arquitectura eclesiástica en Inglaterra*, de Milner, ofrece mucha erudición y método, pero pretende sostener que el arco agudo nació en Inglaterra; la *Historia del origen y del establecimiento de la arquitectura gótica, y de la pintura sobre vidrio*, fué publicada en 1813 por Sidney Hawkings. Las obras diversas de Britton (*Architectural antiquities of Great Britain—Chronical and historical illustrations of the ancient ecclesiastical architecture of Great Britain*) unen á la riqueza y exacti-

mentos son la escritura de los pueblos; ahora bien, el cambio en la arquitectura indica también cambio en la civilización; si la originalidad falta á una

tud de los dibujos observaciones excelentes, como las de su colaborador Pugin (*Specimens of gothic architecture, selected from various ancient edifices in England*). Wittington buscó el origen del estilo gótico en Francia é Italia, y dió á los monumentos franceses la preferencia sobre los ingleses; el mismo dictamen siguió Haggitt negando que aquel estilo trajese su origen de Oriente. Willis (*Remarks on the architecture of the middle ages, especially of Italy*) Cambridge, 1835) analiza los principales monumentos italianos, con elevadas consideraciones. Wewel (*Architectural notes of german churches, etc.* Cambridge, 1835), dedicó más propiamente su atención á los monumentos del Rin. Gally Knight se aprovechó de los trabajos de todos estos. Y J. Coney publicó en Londres en 1839 la *Arquitectura religiosa*, ó serie de grabados que representan las principales catedrales góticas.

Entre los franceses pasaremos en silencio las anteriores tentativas para mencionar á Seroux d'Agincourt, sobre cuya obra hemos emitido ya nuestro juicio. En Normandía, que suministra los modelos más hermosos de este género, hubo muchas personas que se dedicaron á tales investigaciones, y en 1824 se instituyó allí una sociedad de anticuarios, la cual contribuyó no poco á ensanchar y esclarecer semejante cuestión. Además, puede decirse que ninguna de sus catedrales antiguas carece de historia. Nos parecen dignos de particular elogio un *Ensayo sobre la descripción del templo de Saint-Graal* (Munich 1834), y la *Historia y descripción de la catedral de Colonia acompañadas de investigaciones sobre la arquitectura de las antiguas catedrales* (Paris 1823) de Sulpicio Boiserrée, como asimismo la descripción de la de Estrasburgo por Schweighæuser; las de las catedrales de Chartres, Reims y Paris por Gilbert; las de las de Ruan, Amiens y Dijon, por Jolimond, etc.

Véase también á HOPPE, *Historia de la arquitectura*.

FELIBIEN, *Vida de los arquitectos*.

DUVAL, *Ensayo sobre el estado de las bellas artes en el siglo XIII*.